

## III

## EL PUERTO

París fué al mismo tiempo bálsamo y reconstituyente espiritual. Su felicidad era tan intensa, que Eulogio sonreía sin pensarlo. Aquello era la ciudad soñada: vasta, armónica, con sus turbulencias y sus remansos en donde la vida, aquietándose, convidaba al reposo. Y, sobre todo, el pasar inadvertido, el poder sentarse en las terrazas de los bulevares ante un bock de cerveza y ver desfilar tipos de todas razas y mujercitas frágiles que le sonreían, lo mismo que si fuera un blanco, con sus labios amplificados por el colorete, formaba la mejor parte de su dicha. Una primavera temprana acariciaba la ciudad. Á lo largo de las avenidas los árboles querían ya dar á luz sus renuevos, y con sólo rascar con el bastón las cortezas rugosas, percibíase la vida profunda que los conmovía. Eulogio quedaba suspenso cada mañana al ver el rayo de sol que entraba á saludarle, y sorprendíase infantilmente de que

unas cuantas leguas al Norte y una cinta de mar, pudieran entrañar tal cambio. Los bulevares, el Bosque de Bolonia, las inmediaciones de las tiendas de lujo y de los grandes almacenes, estaban llenas de mujeres: había mujeres por todas partes; algunas llevaban ramos de violetas ó de "muguet" en el seno, y el perfume de las mujeres parecía haberse transfundido con el ambiente de la ciudad y ser su propio aliento. Á medio día, camino del "Duval" á donde iba á almorzar, Eulogio se extasiaba viendo los corros de modistillas en torno del "buen hombre" que les enseñaba las canciones de moda. En el restorán era feliz: los espejos multiplicaban la alegría; el vaivén de tipos, el gusto de la comida, la vecinita aquella que después de comer se pintaba delante de todo el mundo los labios y sonreíale mimosa al salir, eran momentos de un reloj ideal en que cada minuto tenía una sensación de júbilo. Era una vida distinta; no hacía un mes que la vivía y ya Eulogio no concebía otra. Los camareros lo saludaban respetuosamente al recibir las propinas; en las tiendas lo recibían con esa obsequiosidad untuosa que no deja nunca de tener el comerciante parisino ante todo ser, no ya malayo ó etiope, sino hasta alemán, que lleve un luis en el bolsillo; trataban de adivinarle el pensamiento, celebraban su francés de pan



llevar, y Eulogio, mecido por estas voluptuosidades, se decía: "Londres se presenta ante el extranjero, grave, extensa, hermética, como una mujer tal vez adorable, pero que oculta en el mismo gesto de desconfianza sus encantos y sus defectos; Birmingham es una moza cuyos músculos han perdido en el trabajo la gracia del sexo, y para descansar de la tarea, ha decidido beber, apartarse de la limpieza y la coquetería, hacerse bestial, hedionda, agresiva como un macho; París es una muchachita vivaz, cuya alma sube á los ojos igual que la espuma del champán sube á los bordes de la copa; quiere vivir de prisa y quiere, sobre todo, parecer bien, para guardar en el fondo de la media de lana unos cuantos lises y ser rentista á la vejez..." Y contento con estas clasificaciones, dejaba transcurrir sus días en paseos por los Campos Elíseos, por la "rue Royale", por el anacrónico bulevar Saint Michel ó por las orillas del Sena, deteniéndose ante las cajas polvorientas de libros, que ofrecen una cruel lección á la vanidad de los escritores. Sus economías sirvieron para pagar tan dulce acogida. Al principio se divertía más en la calle, como si el hecho de confinar su felicidad en un solo espectáculo, equivaliese á reducirla; luego quiso conocerlo todo, y la vecinita del restorán fué un guía experto. No hubo taber-

na de Montmartre, *chope* del *faubourg*, teatro de los bulevares ni café del "barrio" que no visitarán. En *Luna Park* y en *Magic City* gozó como un niño. Es verdad que todo costaba caro; pero ¡se pasaba tan bien!...

Á los pocos días de llegar estuvo á visitar al francés que conociera en Birmingham; lo recibió cordialmente, pero á Eulogio le pareció que estaba ocupado y que su visita no era oportuna. Se despidieron, y aunque el francés no le instó para que volviese, Eulogio, dándose cuenta del olvido, quiso renovar la visita quince días más tarde. La portera no le dejó subir. El señor—le dijo con ese aire socarrón que parece servir al deseo de que se note la mentira—está de viaje y no sabemos cuándo volverá. Si Eulogio no se hubiera sentido tan contento, tan borracho de luz, aquella hubiera sido su primera decepción en Francia.

Aunque convino con Mr. Hohstkis que realizaría frecuentes viajes de dos días á Birmingham, como recibía cada semana una postal del judío diciéndole en su español especialísimo: "Todo es muy bien", no juzgaba justificado el sacrificio de abandonar la dulcedumbre de París ni siquiera dos días. El deslumbramiento de su nueva vida le sugería el horror de todo cambio, por efímero que fuese; y pensaba con pavora en Inglaterra, en el canal



iracundo donde creyera morir de mareo. La semana próxima sin falta—se prometía,—iré; pero la semana próxima otra postal de mister Hohstkis, con su invariable "Todo es muy bien", lo incitaba á diferir de nuevo el viaje. Su antigua hostelera no dejaba tampoco de mandarle la correspondencia particular—cartas y periódicos—que llegaba para él. La Gran Bretaña, de lejos, era un gran país.

No hacía nada, y sin embargo le faltaba tiempo para todo, hasta para leer los periódicos de Taití, que formaban pila sobre su mesilla de noche; las cartas tenía que leerlas á ratos; y á veces hallaba en el fondo de los bolsillos cartas que no había concluído de leer. Escribía poco y remitía la correspondencia bajo sobre á Mr. Hohstkis para que éste la echara al correo en Birmingham. Decididamente Mr. Hohstkis resultaba ser un hombre simpático.

Una mañana, estando aún dormido, la camarera del hotel entró para entregarle una carta certificada. Eulogio recordó de improviso que durante muchos días no había recibido cartas de Taití, y tuvo miedo. Firmó el recibo, y cuando la camarera se fué, no sin prodigarle antes el mohín canalla de costumbre, aún estuvo dando vueltas un rato al sobre sin atreverse á abrirlo. Un presentimiento de desgracia suspendía su acción. La carta venía de In-

laterra, pero la letra no era de Mr. Hohstkis. ¿De quién sería?... Notó que ante su nombre estaba escrito "Señor" en lugar de "Monsieur"... Rasgó al fin el sobre con resolución súbita; había que saber; todo era preferible á la duda. Al leer los primeros renglones, la impresión fué tal, que la escritura tornósele turbia... En su ausencia, Mr. Hohstkis había enviado sin requisito alguno una partida de armas que exigía declaración especial y como por aquellos días agitaban á Taití temblores sediciosos y las armas iban consignadas á un mulato, revolucionario de profesión, el Gobierno se apresuró á confiscarlas y á nombrar un nuevo cónsul en Birmingham. La carta era precisamente del nuevo cónsul, quien muy digno, en un estilo altisonante sembrado de cargos y de reflexiones de alta política, le participaba haber tomado posesión de la oficina abandonada... Al principio, Eulogio pensó en protestar, en decir la verdad y declarar una falta leve para ponerse á cubierto de la imputación de desleal que se le hacía. Iba á vestirse, cuando tuvo la idea de hojear los periódicos que, empaquetados aún, reposaban sobre la mesa de noche. Leyó los últimos, y entonces comprendió que todo cuanto hiciera ya sería inútil: ni los partidarios del orden le otorgarían crédito, ni sus mismos adictos aceptarían del hecho otra versión que la oficial.



Era el héroe por fuerza; los negros, escarmentados de la jefatura del mulato, lo aclamaban otra vez por jefe, como único redentor posible, ajeno á las ambiciones de riqueza y resuelto á sacrificar su bienestar en pro de la raza. Con esa rapidez que acaso parezca extraña á los que no conocen á Taití, la política se había adueñado del caso, y ya ninguna voluntad podía arrebatarlo á sus garras. Para unos Eulogio Valdés era un traidor; para otros un abnegado; pero todos estaban convencidos que el alijo de armas había sido hecho con su complicidad.

Y en aquella cama del hotel, abandonándose ya á una resignación sombría, Eulogio, sin fuerzas para considerar el porvenir, pensaba que su sino era seguir siendo esclavo, no poseerse nunca, ser una cosa, una pobre apariencia de hombre que los otros explotaban y torturaban con indiferencia. ¿Qué pensaría su madre? ¿Cómo se habría comentado la noticia en Taití?... Cien intenciones de curiosidad se sobreponían á su dolor y siguió leyendo, leyendo, casi olvidado de que era su propia desgracia lo que leía.

En Taití, el día que se conoció el hecho fué de excitación general: los blancos sacaron sables enmohecidos, pistolones, carabinas y hasta previnieron las enormes trancas con que aseguraban por las noches las puertas, en es-

pera del ataque de los negros; los negros, sin pensar en atacar á nadie, hicieron para celebrar el acto de su jefe, gran consumo de rom y organizaron una orgía; y los estudiantes, en signo de protesta no se sabe de qué, estuvieron ocho días sin asistir á clases...

De pronto Eulogio Valdés pensó:

—Allá en Birmingham, el canalla de míster Hohstkis se frotará las manos diciéndose: "Otro cónsul que pasa..."

Y crispó los puños.

Llegaron los días de miseria. Casi sin transición Eulogio supo de las comidas en las cremerías, de las paupérrimas colaciones de sesenta céntimos en los cafetines próximos al mercado, y de los días en que un panecillo y el agua de alguna fuente compusieron todo su alimento.

Llegaron las noches pasadas en las fortificaciones entre gentes sospechosas, ó en los bancos de los parques, durmiendo á medias para huir á tiempo de los policías, miserables con uniforme que persiguen implacables á los miserables desorganizados. La linda vecinita del restorán desapareció con el último billete de cien francos; Eulogio fué á esperarla á la salida del taller, pero no logró verla. Había cambiado de obrador para esquivarlo, y estaba ya perdida en la gran ciudad, donde un cambio



de barrio disminuye prodigiosamente las probabilidades de encuentro. En el hotel se sostuvo tres semanas, haciendo creer al dueño que esperaba un dinero que no podía llegar. La más reciente carta de su madre era toda quejas; le hablaba con incertidumbre del propósito que tenía su partido de enviarle recursos para el regreso en cuanto se firmara una amnistía prometida por el nuevo Presidente, que acababa de derrocar al que lo había nombrado cónsul. Pero Eulogio, que además de vivir sólo con medio sueldo, quiso resarcirse en París de las penas de Birmigham, sin prever los días de escasez, no tenía ya ningún dinero y no podría resistir allí, ignorado de todos, desconocido y repudiado por los del Consulado taitiano, que aprovechaban á su costa la ocasión de bienquistarse con el nuevo Gobierno. Su último dinero, administrado con cautela, lo empleó en franquear una carta para Taití: grito de auxilio donde rogaba que apresurasen el socorro, si querían que fuera eficaz. Al echarla en el buzón Eulogio, solo en la calle indiferente y afanosa en torno á su desamparo, pensó con desesperación en los días necesarios para que aquella carta llegara. Sin saber qué hacer, sin esperar ayuda de nadie, pasaba los días en largas caminatas: eran los mismos paseos que antes, pero, ¡cuán distintos! Ahora París se le presentaba con otra

apariencia, acaso más real, que la que viera durante los primeros días. París no era una muchachita vivaz deseosa de parecer bien: París era un vampiro cubierto de afeites, que luego de secar á sus víctimas, no les concedía piedad, ni burla siquiera. Y llegaron los días de miseria, lentos, uniformes; esos días en que hasta el Sol ofende, porque es una fuerza triunfal ante la desesperación.

Como iba cada mañana al hotel impelido por la quimérica esperanza de que la respuesta á su carta se adelantase, consiguió inculcar confianza al "patrón", quien lo dejó dormir en un desván medio lleno de libros. La camarera, fiel en el infortunio, subía de noche, y sobre los textos científicos amontonados allí sabe Dios por cuál contingencia, Eulogio tomaba de su desdicha un desquite que, debilitándolo, se la hacía sentir más al día siguiente. Pasaba las mañanas amodorrado ó leyendo libros de química, sin comprender; las polillas habían hecho pan corporal de aquel pan del espíritu, abriendo túneles al través de metaloides y precipitados, sin pararse á considerar si eran más estomacales los cuerpos simples que los compuestos. En escapadas durante las horas de servicio, la camarera subía á darle los cigarrillos hurtados en los cuartos, y al fumar, Eulogio musitaba: "Mujer, libros, tabaco..., todo, menos comida"... ¡Casi el ensueño de aquel



maldito amo, á quien casi seguramente debía la desdicha de vivir.

Salía á media tarde, á esa hora en que las grandes ciudades tienen un misterio pleno de atractivos. Su empeño en conservar el aspecto burgués daba á su miseria algo de grotesco; marchaba muy erguido para parecer menos pobre. Á veces tenía náuseas, vahidos; á pesar de la ayuda de la camarera, pasaban días en que sólo un pedazo de pan con mantequilla podía procurarse. La idea del suicido se le ocurría á menudo, como una solución final. Los puentes adquirieron para él un encanto enfermizo. Recordaba su pesadilla de Birmingham, y llegó á figurarse predestinado á finalizar su existencia en el río ceniciento, trágico en las noches, cuando lo agitan reflejos temblorosos y las luces lo profundizan semejando llamas de cirio. Poseído del terror, pero obediente á una fuerza dominadora, permanecía largos ratos en el puente de Alejandro: allá lejos, las dos torres de Nuestra Señora limitaban el paisaje, á menudo nublado por el humo de los vaporcitos; el puente se cimbreaba al paso de los coches, y Eulogio, clavando la vista en el agua, meditaba: "París es artero; el Sena es un río de suicidas; este puente tan elástico es el mejor trampolín para dar el salto mortal"... É iba á ensayar una flexión, á concluir..., cuando una silueta

de mujer ó la fragancia de los álamos del jardín de las Tullerías le obligaban á golpear el suelo con el pie y á decidirse, casi á gritarse: "¡No quiero morir, no quiero morir!..."

Fué á una agencia de colocaciones y, después de preguntarle lo que sabía hacer, le dijeron que sólo tenían por entonces un empleo de portero en un cinematógrafo del bulevar de los Italianos. ¡Cuántas veces había ido él á recrearse á aquel cinematógrafo sin sospechar que en la puerta pudiera haber un drama! ¡oh indiferencia culpable de los días felices! Había transcurrido un mes desde el envío de la carta á Taití, y no venía la cablegráfica respuesta... Eulogio, pesaroso de habérsela dirigido á su madre, llegó á creer que el Gobierno la habría interceptado. Cada noche, al llegar al hotel, preguntaba:

—¿Ha venido algo para mí?

Lo hacía por instinto y por seguir el consejo de la camarera, más ducha que él, que sabía que el mejor medio para que á uno no le pregunten, es preguntar; pero él no esperaba que llegase nada. Por eso aquella noche, cuando el cajero le dijo que había estado un señor "muy bien" á buscarlo, Eulogio quedó atónito y miró al hombrecito cara á cara, hasta encontrar en los ojuelos mortecinos, apenas entreabiertos detrás de los lentes, la convicción de que no era capaz de burlarse. So-



metido á un interrogatorio, ya en presencia del amo, se supo que el visitante era un empleado de la Banca *Geo Vatan et fils*, de la calle Rivoli, y que había prometido volver al día siguiente.

Al concluir el servicio, la camarera subió con un pastel de jamón y una botella de vino. Estaba segura, como Eulogio, de que se trataba del dinero esperado. Eulogio lloraba de júbilo y ella le hacía ya las primeras peticiones para el día siguiente. El vino lo mareó en seguida, y se puso á cantar canciones de negros que no creía saber. La muchacha le exigió que jurara cumplir lo prometido: comprarle dos trajes en las *Galerías Lafayette*, un sombrero y un corsé de moda; falto de Evangelios, Eulogio se lo juró sobre un libro de Química. Y cantaba, cantaba... La muchacha no hacía más que preguntarle: "¿Y cuánto te mandan? ¿Verdad que haremos una buena *bombe*? Eulogio se enfadó. Disputaron y se reconciliaron varias veces. El ruido debió llegar hasta abajo, porque los pasos del patrón se sintieron en la escalera. Al oírlos, apagaron la luz y todo quedó mudo. Sólo de rato en rato, turbaba el silencio un autobús al subir, jadeante, la calle.

—Un momento, señor Valdés, y soy con usted.

El salón era verde, amueblado con sobria riqueza. Eulogio, sentado en el borde de la silla, veía al banquero firmar los papeles que un empleado le iba presentando. De tiempo en tiempo, el señor Vatan lo miraba de soslayo, y Eulogio, inquieto, trataba de ver en la superficie barnizada de un mueble si estaba mal vestido, si el cuello que le planchara la camarera se había ajado ya. Cuando concluyó de firmar, el señor Vatan, volviéndose hacia Eulogio, le dijo:

—Dispéñeme; he querido concluir del todo para que hablemos con descanso. Es la una... Usted me hará el favor de almorzar conmigo, ¿eh?

Y como Eulogio insinuara un ademán de reparo, el señor Vatan se puso de pie y descorrió un tapiz, dejando ver un saloncito en donde la mesa estaba servida. Su cara, una de esas caras redondas que acaban inesperadamente en punta, tomó un gesto jovial; sólo sus ojos conservaban la expresión ladina. Eulogio, desconcertado, lo siguió. Ya ante la mesa el señor Vatan juzgó útil despejar la incógnita de la entrevista:

—Habíamos escrito á usted á Birmingham, proponiéndole que viniese, por nuestra cuenta, claro, para celebrar esta reunión. El señor Hohstkins nos contestó—mire usted qué feliz casualidad—, diciéndonos que se hallaba us-



ted aquí y dándonos las señas de su hotel.

Eulogio iba de sorpresa en sorpresa. No, no era del dinero esperado de lo que se trataba. Como si no advirtiera su embarazo, el banquero, luego de servirle vino del Rhin y de acercarle la bandeja de ostras, continuó:

—Voy á ser conciso; como sé que usted es muy inteligente...

—Gracias.

—Tengo la certeza de que vamos á entendernos... ¿Prefiere usted echarles pimienta? ¿No? Bien... Pues sí; nosotros hemos sabido el caso de usted; nos dijeron su situación en Europa, sin recursos, y nuestro empleado confirmó ayer por referencias recogidas en el hotel, nuestra suposición... Nosotros, señor Valdés, estamos dispuestos á salvarlo. Sí; no se sorprenda... Como usted es persona capaz de comprenderme, le diré que en nosotros hay, además del gusto de serle útiles, un interés. Helo aquí: acaso usted sepa que nosotros poseemos casi todas las acciones del ferrocarril oriental de Taití y que nuestro propósito es fundir la Compañía con la de Occidente, acaparar los ramales y dotar al país de una red de comunicaciones perfecta, base de la riqueza futura. ¿Comprende? Para ello se tiene planteada la emisión de... En fin, para no cansarlo con detalles técnicos: mientras en Taití reine la intranquilidad, nuestro intento está paraliza-

do y grandes intereses se perjudican. Como el nuevo Presidente decretó la amnistía y nada se opone á que usted vuelva, hemos pensado en aprovechar su influencia decisiva sobre el partido... de su raza; sólo el elemento de color se muestra hoy díscolo: si usted lo pacifica, hará un bien al país, y á nosotros... Á usted se le alcanza que no es el momento de algaradas, que la nación está necesitada de paz, de ocasión de desenvolver sus medios, de... En fin, usted es hombre civil y de seguro se hace cargo.

Un criado de librea iba llenando las copitas de vinos diferentes para cada plato; el almuerzo fué excesivo. El señor Vatan amplió durante un rato su discurso hasta convencerse de que Eulogio se adhería á sus ideas. Con la razón un poco nublada en general, pero más aguda, más lúcida para profundizar ciertos pensamientos, Eulogio estimaba su caso... Era otra variante del tema de su vida, otra ocasión de ser instrumento de los demás. Al principio tuvo un impulso de rebelión; pero las privaciones habían hecho mella en su temple... Su sueño era regresar á Taití, deshacerse del influjo maldito de su padre, ser un pobre hombre, un pobre negro, vivir en el campo, vivir aquella vida antes incomprensida y calumniada, la única que los blancos le consentían vivir... Después del champán, al alargarle un habano,



el señor Vatan le dijo como si no tuviera importancia:

—Pero eso sí, señor Valdés, su decisión hemos de saberla hoy mismo... Hemos perdido ya bastante tiempo, usted comprenderá... Nosotros no reparamos en sacrificios: sus deudas, el pasaje, una cantidad para la llegada, en fin... Necesitamos ganar lo perdido y poder dar garantías á nuestros accionistas... Precisamente mañana tengo que ir á Burdeos y le acompañaría con mucho gusto: el vapor para Taití sale el lunes de La Palice.

La nube del alcohol, disipada de súbito, le dejó examinar en un momento las dos soluciones: la negativa primero: ¿Qué le diría el dueño del hotel? De seguro lo expulsaría; recordó las noches sin techo, el Sena sombrío y atrayente... Luego la otra: ¿Y qué perdía con servir los intereses de aquellos banqueros, que eran, además, los intereses del pueblo taitiano esquilado por las revoluciones, necesitado de paz bienhechora?... Sí, iría. Todos sus designios de retirarse de la vida pública, se desvanecieron ante la idea de poder ser útil á los suyos. Sí, iría. Sólo puso la condición de que no se anunciara su llegada para dejarle allá unos días de reposo. El señor Vatan aceptó, le estrechó la mano, y, en hombre práctico, pasó á ocuparse de los detalles, económicos. ¿Cuánto debía? No valía la pena de avergon-

zarse... Los negocios son los negocios. ¿Dos mil duros entre todo? Bien, no era grano de anís; pero no importaba. Irían á pagar juntos al hotel.

No hay lección bastante dura para los ilusos. Don Quijote se crecía á cada revés, negándose á observar detalle alguno que contradijese su sublime quimera... Don Quijote es algo más que un hidalgo de los de lanza en astillero, galgo corredor y adarga antigua: Don Quijote es la idea del bien y del valor absolutos. Y para el que tiene un germen de Quijote en su espíritu, las voces de Sancho son baldías. Eulogio no se detuvo á considerar que había estado dos días en París casi secuestrado, que iba de París á Burdeos como preso, sin poder desasirse ni un instante de su protector; no quiso parar mientes en que saliendo el buque de El Havre, á tres horas de París, se eligió precisamente para embarcarlo el último puerto de escala antes de Taití; ni por un instante pasó por su idea la de que el señor Vatan le hubiera engañado. Si alguien hubiese ido á decirle: "El señor Vatan juega á la baja y es, desde hace tiempo, el autor oculto de todos los disturbios de Taití"; si alguien hubiera ido á decirle tal verdad, habría protestado de seguro... Al salir de La Palice, Eulogio Valdés suspiró diciendo adiós á las tierras inhos-



pitalarias de Europa, y casi tendido en su silla extensible, se puso á contemplar el cielo... Y no sabía que por aquel cielo iban ondas eléctricas, avasalladas para servir al bien y al mal, como todas las conquistas del hombre, á anunciar á Taití su llegada.

Desde dos días antes de llegar el buque, comenzaron á circular noticias capciosas; esas noticias que la prensa llama rumores y que tienen la virtud de crear una verdad con una mentira. Hubiera sido difícil designar la potencia oculta que las lanzaba; pero todos en Taití durante aquellos dos días, dependieron de ellas. Con sólo decir que se proyectaba un recibimiento con carácter de protesta por la actitud del anterior Gobierno, en honor de Eulogio Valdés, se consiguió organizarlo y amedrentar á las autoridades. Desde por la mañana una multitud de negros llenaban los muelles. La policía intentaba en vano contenerla. Era un alud que quebrantaba toda barrera y que á veces tenía en su centro torbellinos de erupción, como si hasta allí mismo se hubiera sembrado elementos para excitarlo.

Apoyado en la baranda de cubierta, Eulogio veía la franja de tierra delinear-se aún distante... Se precisaba la bahía; el buque cortaba el agua tersa; reían las banderas, reía la playa bajo el sol; hubiérase dicho que se podía andar

sobre el mar. Los muelles se acercaban, se acercaban, y sobre ellos la muchedumbre tenía un vaivén y un rumor de oleaje. Al atracar el buque, Eulogio fué arrebatado por los suyos. Su madre, llorando, le dijo que su hermana estaba en cama de resultas de una fiebre puerperal... Todos querían verlo y abrazarlo á la vez. Se dieron vivas. Falta de organización, la multitud, al querer moverse, se atropellaba á sí misma. Se oyeron gritos, protestas, denuestos. Sobre la masa ondulante surgió un pendón subversivo. La policía, al sentirse impotente, quiso multiplicar sus fuerzas y entonces se originó el pánico. Voces dispersas se hicieron oír: "¡Nos asesinan!" "¡Á defenderse!" "¡Á defenderse!" "¡Viva Eulogio Valdés!" Sonó una detonación, otra, otras, muchas. Cuchillos esgrimidos con desesperación se enrojecieron. Las tropas acuarteladas se echaron á la calle, y creyéndose atacadas por la muchedumbre huía, la recibieron con una descarga. Desde el centro del grupo de íntimos, que había quedado solo en la explanada, Eulogio vió avanzar la tropa y caer algunos á su lado. Una voz de presentimiento le decía que por última vez estaba sirviendo de juguete á los hombres. Pensó en su madre, separada de él en el remolino de la fuga. Más cuerpos caían á su lado. Oíanse toques de corneta y un galopar distante. La tropa, desplegada en una



línea, se detenía por momentos para disparar; una sierpe de fogonazos la surcaba y después continuaba la marcha. Eulogio vió dos soldados apuntándole; quiso gritar, y ya no pudo... Junto á su cuerpo la tierra se esponjó con la sangre de tres heridas. Respiraba nún... Un sargento lo remató de un culatazo.

Cuando cinco horas más tarde se restableció la calma, un hombre bien vestido entró en la oficina de Telégrafos y pidió con acento extranjero un impreso de cablegrama, sobre el cual escribió: "*Vatan fils Paris. Negocio hecho*".

## LOS MUERTOS